

pecado había hecho incapaz de la bienaventuranza á todo el linaje humano; por lo que bastaba este para motivar la venida del Salvador. Pero vengamos ya á tratar sobre la esencia misma de la Encarnación del Verbo.

Para poder ser entendidos en lo que vamos á decir, es necesario explicar ántes qué se entiende por naturaleza de una cosa, y qué por persona. La naturaleza se toma aquí por la perfecta esencia de la cosa; pero la persona es la sustancia intelectual é incommunicable de la naturaleza.

Unirse en la naturaleza es unirse de tal modo, que de la union resulte solamente una naturaleza, así como del cuerpo y del alma, de la materia y la forma, se levanta una naturaleza solamente; mas unirse en la persona es unirse á la persona, no constituyendo otra persona mas que aquella á que se une; y por tanto el ser hecha la union en la persona, es haber sido unidas las naturalezas, de modo que la union ha sido terminada á una persona que subsiste en una y otra naturaleza.

Esto supuesto, decimos que la union del Verbo encarnado no fué hecha en la naturaleza; y que por consiguiente las naturalezas divina y humana no se mezclaron formando una sola, sino que una y otra permanecieron íntegras, sin confundirse ni mezclarse, unidas á la persona del Verbo. Este es dogma de fé, definido por la Iglesia en el concilio de Calcedonia contra Eutyches, quien enseñaba la doctrina errónea de la confusion ó mezcla de las dos naturalezas, contra la cual escribió San Leon á Flaviano la célebre carta que se recibió y aprobó en el concilio Calcedonense, en conformidad de cuya decision profesa la Iglesia universal este dogma de fé, diciendo en el símbolo de San Atanasio, que Jesucristo es uno, no por haberse convertido la divinidad en carne, sino por haber asumido á la humanidad á Dios: uno absolutamente, no por confusion de la sustancia, sino por unidad de la persona, esto es, por ser una la persona. Siendo, pues, un dogma de fé, no es controvertible entre los católicos; pero habiendo sido necesario sostenerlo contra la doctrina errónea de Eutyches y de sus discípulos á quienes siguieron los armenios, lo prueban y demuestran los Santos Padres y teólogos católicos con los textos mismos de la Escritura Santa del Antiguo y Nuevo Testamento, constantes en Baruc, en Isaías, en las Epístolas de San Pablo y San Juan, y en el mismo sagrado Evangelio, donde Jesucristo dijo de sí propio que es *uno con su Padre*, esto es,

en cuanto Dios, y luego dice que su *Padre es mayor que él*, esto es, en cuanto hombre.

La misma distincion de naturalezas divina y humana prueban otros textos de la Escritura, atribuyendo á Jesucristo cosas contrarias que, por serlo, no pueden convenir á una sola naturaleza, sino unas á la divina y otras á la humana, como el ser nacido en tiempo, y sin embargo ser desde la eternidad; apartarse de nosotros, y estar siempre con nosotros: descender del cielo, y habitar en la tierra, y sin embargo no faltar del cielo. Estas y otras propiedades anunciadas y predicadas de Cristo, no le pueden convenir sino siendo como es en realidad, Dios y hombre juntamente. Todo lo cual prueba y funda el dogma de la distincion de las dos naturalezas divina y humana, unidas hipostáticamente en la persona del Verbo Divino, como veremos en la leccion siguiente, en que continuaremos tratando de este misterio inefable.

DIA CINCO.

San Felipe de Jesus, y sus compañeros, protomártires del Japon.

Si la Iglesia católica debe gloriarse de haber visto reproducir en estos últimos tiempos, los prodigios que fueron tan frecuentes en los ilustres martirios de los primitivos fieles; nuestra patria puede tambien honrarse, no solo de tener entre los valerosos mártires del Japon á uno de sus hijos, sino que este haya sido el primero en derramar su sangre por la fé en este ilustre escuadron de protomártires. Nació San Felipe en esta ciudad de México, de padres españoles, distinguidos en calidad y nobleza, llamados Alonso de las Casas y Antonia Martinez, los que procuraron darle una educacion cristiana é ilustrada, haciendo cursase las aulas de gramática en el colegio máximo de San Pedro y San Pablo, que dirigian los Padres de la Compañía de Jesus, con notable provecho de la juventud mexicana, á la que instruian con no menor empeño y eficacia en la virtud que en las letras.

Quando fué capaz de elegir estado, abrazó el de religioso, tomando el hábito de la reforma de San Pedro Alcántara en el convento de Santa Bárbara de Puebla de la provincia de San Diego, madre

fecunda de varones muy piadosos y ejemplares; pero duró poco su fervor, pues se volvió del noviciado al siglo con grave sentimiento de sus padres, que se habían llenado de gozo al verlo emprender aquel camino de la perfeccion cristiana. Dedicóse en lo pronto á aprender el oficio de platero; mas pasado algun tiempo, se dirigió á Manila en las islas Filipinas con caudal y recomendaciones bastantes para ocuparse en el comercio; lo que prueba que si por una veleidat habia abandonado su vocacion, su vida, aunque no fuese tan arreglada como debiera, tampoco se manchó con vicios deshonrosos.

Habiendo llegado al lugar de su destino en la flor de su edad, y con todos los medios para facilitarse una vida mas cómoda y descansada, movido interiormente de la gracia, reflexionando en la inconstancia con que habia abandonado el claustro, los bienes que por ella hubiera perdido y los peligros de que se veia rodeado, resolvió volver á la casa de Dios, solicitó y obtuvo nuevamente el hábito en el convento de Santa María de los Angeles de Manila, de la misma descalcez que ántes habia abrazado. Este nuevo llamamiento del Señor obró con toda eficacia en nuestro Santo: su corazon se mudó repentinamente desde que vistió por segunda vez el sayal del humilde Francisco: su humildad, devocion, castidad, obediencia, lo hicieron un ejemplo de virtud á toda su comunidad durante el tiempo de su noviciado; y admitido á la profesion, en la que dejó su antiguo apellido de Casas por el de Jesus, dió bien á conocer lo tomaba para imitarlo con la perfeccion que demandaba la santísima Orden en que se habia incorporado. Su caridad especialmente, la ejercitaba en la asistencia de los enfermos, á quienes servia con el mayor esmero, y poniendo igual cuidado en sujetar la carne al espíritu, se entregó con el mas ardoroso fervor al retiro, á la soledad y todas las austeridades de la penitencia, con tales veras que edificaba al paso que asombraba á los religiosos mas antiguos y venerables.

Este mismo tenor de vida continuaba despues de su profesion, cuando se le mandó por el comisario general de San Francisco (por solicitud que habian hecho sus padres) se trasladase á esta capital á recibir los sagrados órdenes. Obedeció nuestro Santo, desmido de toda voluntad propia, y se embarcó en Cavite para regresar á su patria el 12 de Julio de 1596, en el galeon llamado de San Felipe, que parecia pronosticarle la felicidad que le esperaba y á la que se habia preparado con tantos ejercicios de la mas sólida y religiosa piedad. En esta penosa navegacion fué Felipe de Jesus el modelo, la

edificacion y el consuelo de cuantos iban en su compañía, y en breve se concilió la veneracion de los pasageros y de la gente de mar, que de comun acuerdo le daban el título de Santo, y con justicia, pues su recogimiento interior era tal como si se hallase en su celda; su paz imperturbable en los mayores peligros y su caridad en socorrer á los necesitados, aun quitándose el pan de la boca, edificante, su celo en inspirar á todos la virtud con sus exhortaciones, sin igual; y sus costumbres, en una palabra, tan irreprehensibles, que manifestaban tener su corazon abrasado del amor divino.

A los catorce dias de embarcado, una deshecha borrasca vino á turbar los ánimos de los navegantes, aumentando su susto la vista de un triste cometa y la multitud de monstruos marinos que se descubrian en las aguas, devorando hasta los fardos de ropa que el temporal obligaba á arrojar al mar; rompióse el timon, abrióse el casco, y la gente toda atribulada, deseando salvarse, viendo que Manila se hallaba muy lejana, se resolvió, á pesar de los riesgos á que se exponia, á arribar á las costas del Japon, que solo distaba ciento cincuenta leguas. Miéntas seguian aquel rumbo, afligidos con tantos contratiempos, vino de nuevo á asombrarlos otra maravilla. Dejose ver en el cielo una cruz blanca y resplandeciente, por un cuarto de hora, la cual, mudando de color, se puso roja como sangre, y desapareció cubierta con una nube negra. Duraron estos trabajos seis dias, al cabo de los cuales avistaron el puerto de Hirando, donde al entrar, encalló el buque. Esto obligó á descargarlo; mas impidiéndose despues su salida por el gobernador, hasta que obtuviesen licencia del emperador, se hizo necesario mandarle una embajada con varios presentes, siendo nuestro Santo uno de los nombrados á ese fin.

El imperio del Japon, donde San Francisco Xavier habia introducido el primero la luz del Evangelio el año de 1540, habia progresado tanto en el cristianismo desde la predicacion de este gran Apóstol del Oriente, que en 1587 se numeraban ya mas de doscientos mil cristianos, entre ellos muchos reyes, príncipes, generales, y los mas distinguidos y nobles señores de la corte; mas habiendo subido al trono Taicozama, aunque al principio se habia mostrado afecto á la religion, posteriormente convertido en cruel perseguidor, determinó exterminarla de todos sus dominios.

Comenzó por desterrar á los misioneros, así Jesuitas como de otras religiones; mas habiendo quedado muchos de estos celosos operarios

ocultos para auxiliar á los cristianos en aquella persecucion, bendijo Dios sus trabajos como lo habia hecho en la primitiva Iglesia, de suerte que en 1597, está es, á los dos años de haber tenido principio esta tempestad, que el infierno por medio de los hereges y otros hombres inquietos habia promovido para aniquilar el cristianismo, lograron bautizar mas de setenta mil personas.

En estas circunstancias, á fin del año de 1596, fué cuando nuestro Santo, nombrado por sus compañeros, pasó á Meaco, á verse con el comisario de su Orden, Fr. Pedro Bautista, que se hallaba en esa ciudad de embajador, para facilitar la salida del galeon que estaba aun detenido en Hirando; viage que hizo tan apostólicamente que se mantuvo de limosna, padeciendo mil necesidades, al punto de llegar á ser despojado de su pobre túnica, por no haber tenido con que pagar el hospedage en una posada. Concluida su comision, se disponia á partir, cuando se vió repentinamente detenido por el gobernador de Gibeunoxo, él, su referido comisario, otros tres religiosos y doce japoneses que vivian en el convento, manteniéndose en este estado desde el 9 hasta el 30 de Diciembre, y aunque muchos le aconsejaron se salvase, alegando su carácter de embajador y no hallarse su nombre en la lista de los detenidos, respondió con heroica resolucion: *No permita Dios que mis hermanos estén presos, y yo en libertad. De mí será lo que fuere de ellos.*

El dia 30, estando los religiosos en el coro rezando vísperas, vino mucha gente armada á conducirlos á la cárcel, que distaba mas de un cuarto de legua. El superior tomó un crucifijo, y capitaneando á sus súbditos, los condujo á la Iglesia, donde fueron todos atados con crueldad en medio de las mayores afrentas y desprecios, cantando entre tanto los ilustres confesores de Cristo ante el altar mayor el *Te Deum* en accion de gracias, y el himno *O gloriosa Domina*, pidiendo su favor á la Reina de los mártires. Caminaron en seguida recibiendo los mayores ultrages de los gentiles, que los llenaban de lodo y de salivas, hasta la prison, en la que se encontraron con otro religioso francisco, Fr. Martin de la Ascension, tres jesuitas japoneses, Juan de Goto, Pablo Miki y Diego Kisai, y otros tantos cristianos de la propia nacion, que habian traido de Oxaca por la misma causa. Reunidos en ella todos estos héroes valerosos, es indecible la constancia y alegría con que aguardaban llegase la hora de derramar su sangre por la fé que habian predicado, y nuevos ejemplos vinieron á llenar de confusion á los gentiles y de honor á la reli-

gion. Entre los primeros habia tres niños, llamados Luis, Antonio y Tomas, aquél de doce años, los otros dos no pasaban de quince, todos dedicados al servicio de la sacristia del convento; el niño Luis no estaba puesto en la lista, mas sabiéndolo él, lloró y gritó tanto, que fué necesario ponerlo, y convidándolo un caballero gentil con la libertad, le respondió con santo denuedo: *Harto mejor harias tú en recibir el bautismo, sin el cual serás infeliz por toda la eternidad: emplea en esto tu industria, y déjame á mí.*

A los 3 dias de Enero de 1597, sacaron á los veinte y cuatro mártires de la prison, llevándolos con las manos atadas á la espalda por las calles de Meaco hasta la plaza, donde les cortaron la parte superior de la oreja izquierda, cuyas preciosas reliquias recogieron los cristianos con devocion, y los pasearon de tres en tres en carretas por toda la ciudad ante un innumerable gentío, á quien predicó con el mayor fervor el jesuita Pablo Miki.

Al dia siguiente los condujeron en las mismas carretas de Meaco á Oxaca, luego á Sacay, y de aquí á Nangasaki, paseándolos en todas partes por las calles, y predicando en todas ellas el santo Miki. Es indecible lo que los mártires padecieron en los treinta dias de su caminata, tanto por los escarnios del pueblo y el mal trato de sus conductores, como por los frios tan rígidos del Japon; mas sus semblantes alegres y modestos, manifestaban el gozo con que padecian por Jesucristo. Llegados á Nangasaki, lograron fuese su ejecucion en viernes y despues de haber recibido la sagrada comunion. El 5 de Febrero fué este dia dichoso: las cruces y lanzas se hallaban prevenidas en una pequeña loma fuera de la ciudad, á la que desde entónces llaman los cristianos el *Monte de los mártires*. Llegados allí los héroes, cada cual corrió á abrazar su cruz, distinguiéndose el fervor de nuestro Santo paisano, que al besar la suya, exclamó. *¡Oh dichoso navio, oh feliz galeon de San Felipe, que te perdiste para que se ganase este Felipe! ¡Oh pérdida, no pérdida para mí, sino la mayor ganancia!* Los verdugos suspendieron tan dulces coloquios y colocaron á los Santos en las cruces, sostenidos sus cuerpos por cinco argollas, dos en los brazos, dos en las piernas y otra en el cuello; mas al caer de ellas nuestro Felipe, ó por ser de pequeña estatura, ó por otra causa, corrió hácia abajo, desollándose las espillias; y sintiendo se sofocaba por la opresion de su garganta, comenzó á implorar á grandes voces el dulcísimo nombre de Jesus, por lo que fué mandado atravesar con la lanza, recibiendo dos golpes, y des-

pues el tercero con otra que sostenía el cuerpo que se desplomaba. Así logró este ilustre mexicano ser el protomártir entre sus mismos compañeros. Igual fué el valor de los restantes, sin excepcion de edad ni condicion. El anciano Kisai, de sesenta y cuatro años, devoto tiernísimo desde su conversion, de la pasion de Cristo, se hallaba absorto en esta contemplacion: los ejemplares Fr. Pedro Bautista y Fr. Martin de la Ascension (guardian que habia sido el primero, y lector de teología el segundo en el convento de Churubusco), y sus demas religiosos, estaban con la misma devocion: Pablo Miki, de treinta y tres años, predicó hasta morir: Juan de Goto, j6ven aun, exhortaba á perseverar en la fé, porque él daba la vida, á su anciano padre, quien lo acompañó al pié del patíbulo hasta que lo vió expirar y se retiró bañado de su pura sangre: los seculares, casi todos de la tercera Orden de San Francisco, no degeneraron de su espíritu, señalándose los tiernos niños; Luis, que no dejó de rezar mientras estuvo vivo el Padre nuestro y Ave María, y Antonio, bañado en lágrimas de alegría, convidaba á los asistentes á cantar en su compañía el Salmo *Laudate pueri Dominum*. Así volaron á la feliz bienaventuranza estos valientes campeones en número de veinte y seis, pues á los sentenciados en Meaco, se agregaron otros dos en el camino.

Con muchas maravillas mostró el cielo lo agradable que le habia sido este sacrificio, pues entre otras, los veinte y seis cuerpos se conservaron por cuarenta dias en las cruces, frescos, incorruptos y aun hermosos, exhalando tal fragancia, que hasta los gentiles confesaban el milagro, no atreviéndose ademas las aves de rapiña á tocar tan respetables cadáveres. Movidó por todo esto y hechas las informaciones necesarias, los declaró mártires el Señor Urbano VIII á los treinta años de su martirio, señalando el 5 de Febrero para su fiesta. Una antigua tradicion enseña que vivia aún la madre de nuestro Felipe cuando fué beatificado, y recibió honores dignos de la madre de tan valeroso mártir. México ha venerado siempre á su ilustre hijo; posee reliquias suyas, y le ha edificado templo en que diariamente alaba á Dios la ejemplar comunidad de las religiosas capuchinas de la reforma de Santa Coleta. ¡Felipe, no olvides á tu patria ante el Eterno! ¡Tú eres su gloria: sé tambien su baluarte!

La Epistola es del capítulo VI de la que escribió San Pablo á los gálatas.

Hermanos: A mí libreme Dios de gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo. Porque respecto de Jesucristo, ni la circuncision ni la incircuncision valen nada, sino el ser una nueva criatura. Y sobre todos cuantos siguieren esta norma, venga paz y misericordia, como sobre el Israel de Dios. Por lo demas, nada me moleste en adelante; porque yo traigo impresas en mi cuerpo las señales del Señor Jesus. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea, hermanos, con vuestro espíritu. Amen.

El Evangelio es del capítulo XVI de San Mateo, pág. 97.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno, &c.

MEDITACION.

Sobre la facilidad y la magnanimidad de los Mártires.

Considera la fidelidad con que los Santos mártires, y especialmente el que celebramos hoy, correspondieron al beneficio que Dios les hizo en aquella doble vocacion con que los llamó primeramente á la luz de la fé, y despues á la prueba del amor, por el sacrificio de sus vidas hecho en obsequio de su Criador y Redentor Soberano. Llamólos á la luz de la fé, luz divina, luz esplendorosa que difunde verdad de tan grande excelencia, que con ella sola puede el hombre hallarse verdaderamente lleno y satisfecho; pero verdad, no obstante, atacada y combatida por la astucia de nuestro enemigo, con tan sutiles reformas y fuertes ilusiones, que es prueba de virtud y de fidelidad verdadera el no dejarse seducir de ellas, y sí rebatirlas con firmeza, especialmente si esto se hace por una gloriosa confesion de fé ante el tribunal tiránico, que amaga con el decreto de la muerte. Tal fué la obra, y tal el mérito de los esforzados mártires de Cristo, Felipe de Jesus y sus generosos compañeros, que fieles á las promesas del bautismo, supieron sostenerlas hasta la tentacion, hasta la confesion animosa, hasta la aceptacion de la muerte.

Considera la magnanimidad con que los Santos mártires llenaron y perfeccionaron la profesion de su fé, hasta ponerle el sello con el sacrificio de sus vidas y la efusion de su sangre. Verdaderamente grande fué el ánimo con que se sostuvieron sin flaquear, ni contur-

barse con la vista del suplicio, con la experiencia del tormento, con la presencia de la muerte misma. Al verlos inundados en un gozo inefable que los hacia exhalar vivas expresiones de amor y de alabanza, de accion de gracias y de recíproca congratulacion, parecia, ó que sus cuerpos eran insensibles, ó que unos eran los que padecian y otros los que celebraban su dicha, poseidos de un divino entusiasmo; pero tal maravilla no es sino un prodigio de la gracia que sabe comunicar al alma fiel y corazon amante una fortaleza sobrehumana, que haciéndolos superar los mas vivos padecimientos de la naturaleza, los pone en aptitud de dar con su magnanimidad en el martirio, la gran prueba del amor que Jesucristo mismo declaró ser la mayor que puede dar el hombre. Tal es la que para gloria de Dios y edificacion nuestra, dió el glorioso Felipe de Jesus: él bendice su destino, se abraza con la cruz que va á hacerlo semejante á su Redentor, la alaba y glorifica, se tiende en ella, y elevado en los aires, muere invocando y celebrando á un mismo tiempo el nombre saludable de Jesus, su generoso capitán.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Verdaderamente eres admirable en tus Santos, oh Dios Omnipotente! pues sabes presentarlos al combate revestidos de una virtud tan heroica, que no podemos ménos de reconocerla y confesarla toda divina. Al contemplarla, un entusiasmo santo se apodera de nuestro corazon; mas si vos no lo legitimais con vuestra gracia y vuestra caridad, ¿qué podrá producir por sí solo? El seria un afecto noble, sí; pero transitorio, semejante á un fuego fátuo que brilla y desaparece en un momento. ¡Oh, no sea así, Dios mio, sino una disposicion sólida y permanente con que esté siempre pronto á dar por vos la vida!

JACULATORIA.

Perciosa es á tus ojos, oh Señor, la muerte de tus Santos.

LECCION.

Sobre la esencia de la Encarnacion del Divino Verbo.

Continuamos tratando sobre el Altísimo misterio de la Encarnacion del Divino Verbo, acerca de su esencia misma, llenos á la verdad de admiracion y asombro de la inconcebible dignacion de Dios,

que ha tenido á bien revelar las obras mas excelsas de su poder y su sabiduría á unas criaturas á quienes excede infinitamente en su esencia y perfecciones; pero á quienes ama de tal modo, que las dota de las sublimes facultades de la inteligencia con que las hace semejantes á sí, para que en cuanto es dado al mísero mortal, se levante, se eleve, vuele y contemple en el seno mismo de la Divinidad, los tesoros inmensos de la sabiduría y ciencia de Dios, sus juicios incomprendibles y sus investigables caminos. Una criatura salida de sus manos en inocencia y justicia original, la mancha, la pierde y corrompe su naturaleza con ofensa infinita de su Criador; pero este Ser Divino, infinitamente sabio y compasivo, sabe repararla, empleando su misericordia de modo, que ella misma dé plénisima satisfaccion á su justicia, y repare el ultraje del honor divino al mismo tiempo que vuelva su esplendor al humano, todo por una obra hecha á su costa y á impulso de su amor, en que compiten su benignidad suma y su incomprendible sabiduría, pues obra para el efecto de su empresa un portento tan asombroso, como humanar á la divinidad y divinizar á la humanidad, uniendo, sin confundirlas, á una y á otra en la persona del Verbo increado. Veamos de qué manera.

Ya hemos dicho en la leccion anterior que la union no se hizo en la naturaleza, y que ni la divina ni la humana, aunque unidas íntimamente, se confundieron ni mezclaron. Ahora proponemos otro dogma de fe, definido en el concilio de Efeso contra Nestorio, y confirmado en el Calcedonense, y es, que la union del Verbo Divino con la naturaleza humana, fué hecha en la persona del Verbo, de modo que en Cristo es única la persona, que es la del Verbo, y uno mismo el Hijo de Dios y del hombre. Así lo profesa la Iglesia católica, nuestra madre y maestra en los símbolos de la fe. En el de los Apóstoles, dice: *Y creo en Jesucristo su único Hijo, Señor nuestro, que fué concebido por obra del Espíritu Santo, y nacido de Maria Virgen.* En el Niceno se explica mas, diciendo: *Creo... en un Dios verdadero de Dios verdadero... consustancial al Padre... que por nosotros hombres y por nuestra salud descendió de los cielos, y encarnó del Espíritu Santo, esto es, obrando la virtud del Espíritu Santo, de Maria Virgen, y fué hecho hombre.* Con cuyas palabras profesa la Iglesia, que es uno y mismo, una y misma persona el Hijo de Dios y del hombre. Finalmente, en el de San Atanasio, dice: que es *uno absolutamente, no por confusion de la sustancia, sino por unidad de la persona.*

Tal es la confesion de la Iglesia católica contra los errores de Nestorio, que se atrevió á negar que la union de las naturalezas humana y divina en Cristo fuese hecha en la persona, ó que de esta union resultase una sola persona, que fuese juntamente Dios y hombre. Contra este, pues, sostiene la Iglesia su dogma tomado de la Escritura Santa, segun la cual, confesamos que el Hijo de Dios se hizo hombre, no por conversion de la divinidad en carne, que este seria un pensamiento insulso, sino por una asumpcion de la humanidad á Dios, que es como debemos entender al Evangelista San Juan, donde dice que el *Verbo se hizo carne*, esto es, tomó carne uniéndola á su persona. Pero lo que hace á nuestro intento, es ver en este texto sagrado, mas claro que la luz, la única persona divina en Cristo, pues no se une á una persona criada accidental ó moralmente, como deliraba Nestorio, sino á la misma carne, esto es, á la naturaleza humana; pero de tal modo, que se puede decir, y se dice con verdad, que el *Verbo se hizo carne*, no porque se convirtiera en carne, como hemos explicado ya ántes, sino porque la misma persona que subsiste en la naturaleza divina subsiste en la humana, siendo por consiguiente Dios hombre verdadero, y hombre Dios verdadero.

De otra manera, ¿cómo hubiera desempeñado la obra de nuestra redencion á que fué enviado? Si en Cristo hubiera habido dos personas, la obra de nuestra redencion hubiera sido nula; porque ninguna de las dos podia redimirnos del pecado: no la divina, porque no podia padecer ni satisfacer por nosotros: no la humana, porque no podia conferir á sus obras satisfactorias valor infinito cual se requería para nuestra redencion; luego era preciso que fuera, como en realidad fué, y es una sola persona, que siendo la hipóstasis ó supuesto de la humanidad, diera mérito infinito á su sacrificio. Así pues, el Hijo de Dios hecho hombre es uno mismo física y personalmente.

Por consiguiente, la Beatísima Virgen su verdadera Madre, debe decirse propia, verdadera y católicamente Madre de Dios, y no solo de Cristo como pretendía Nestorio, no porque hubiera engendrado á la divinidad ó á Dios puro, ¿quién jamas puede decir tal cosa? Si no porque engendró á un hombre que es Dios. Así es que el Apóstol San Pablo dice escribiendo á los gálatas: *Envío Dios á su Hijo hecho de la Mujer*, es decir, que aquel que habia sido hecho hombre por una humanidad tomada real y físicamente de la sustancia

misma de la muger, es el mismo Hijo de Dios, y Dios como su Padre, á quien su Padre envia para salvar á los hombres: luego esta muger de quien es hecho el Hijo de Dios, para explicarnos con San Pablo, es Madre del Hijo de Dios, de aquel que es Dios verdadero, uno en esencia con el Padre y el Espíritu Santo, y distinto en la persona. Así lo definió contra Nestorio el concilio de Éfeso, y así es como los Santos Padres llaman á María verdadera Madre de Dios.

Inferida esta consecuencia, que bien pedia el asunto de que venimos tratando, veamos en qué modo puede decirse Cristo persona compuesta; para cuya inteligencia advertimos que la dición Cristo, que significa unguido, es nombre de la persona, no de otro modo que Pedro. Esto supuesto, se pregunta ¿si Cristo es compuesto, es decir, si la persona de Cristo es compuesta? Se responde que si es Cristo persona compuesta de dos naturalezas, divina y humana; porque la persona de Cristo, aunque segun lo que en sí es, y como subsiste desde la eternidad en su propia naturaleza, es simple como la misma naturaleza, de la cual no se distingue realmente; pero sin embargo, formalmente, segun que está en Cristo, no solo termina la naturaleza divina, sino tambien la humana, y en las dos unidas subsiste: luego está Cristo compuesta de ellas; pues aquello se dice compuesto, que consta de varias cosas realmente distintas y unidas, á quienes comunica el ser.

Tambien se puede decir que Cristo es compuesto de la persona del Verbo y de la humana naturaleza, porque tambien consta de ellas realmente distintas y unidas; y aun se une mas inmediatamente la naturaleza humana á la persona del Verbo, que á la naturaleza divina que es la propia al Verbo, porque no se une á la naturaleza divina sino mediante la persona. Mas es tan inmediata esta union de la naturaleza humana con el Verbo Divino, que entre él y ella no hay nada criado que medie, ó medio formal que ligue y una al Verbo con la humanidad; “porque así como entre la materia y la forma nada hay que medie, así tambien entre la naturaleza y el supuesto (que es el Verbo) no puede caer medio alguno,” al cual se uniera la naturaleza humana primero que á la persona divina, dice Santo Tomas. Omitimos explicar mas estas ideas, porque hacerlo solo serviria de confundir á los que no tienen algunos principios de teología.

DIA SEIS.

Santa Dorotea, vírgen y mártir.

Las actas de la vida de Santa Dorotea escritas por San Aldhelmo obispo de Sajonia, nos dan una probabilidad suficiente acerca de la Santa, aun cuando algunos críticos severos se atreven á desechárlas como apócrifas. Según ellas, Santa Dorotea nació de una familia distinguida por su nobleza y piedad, confirmada en el martirio de los padres de nuestra Santa. Su virtud y mérito eran mirados en Cesarea como verdadero prodigio y modelo de doncellas cristianas. Los dotes de cuerpo y alma que le adornaban movieron á muchos á pretenderla por esposa; mas ella, que había consagrado su virginidad á Jesucristo rehusó constante toda proposición de matrimonio. Persona tan ilustre no pudo esconderse al gobernador, el cual oyendo hablar de sus singulares prendas la hizo comparecer en su tribunal y le intimó que sacrificase á los ídolos. "Bien sé, respondió la vírgen, lo que han mandado los emperadores; pero tambien sé que solo se le debe tributar adoracion al único Dios verdadero." Instó el gobernador amenazándola con los tormentos y la muerte, é insistió Dorotea, asegurando que ninguna fuerza la haría mudar de resolución, y exhortando al mismo para que se convirtiese á Jesucristo. Pero lejos él de ceder, ántes de proceder á la ejecucion, entregó á nuestra Santa á dos mugeres que poco ántes habían apostafado de la fé para que con empeño procurasen seducirla. Mas la gracia de Dios la sostuvo en términos que ántes por el contrario, logró rendir á aquellas dos apóstatas; de modo que al dar cuenta de su comision no hicieron mas que mostrar su arrepentimiento y prontitud á morir por Jesucristo; felicidad que lograron inmediatamente, siendo arrojadas vivas en presencia de Dorotea, en una caldera de agua hirviendo, donde con una gloriosa muerte expiaron su anterior culpa. La vista de su martirio produjo en la tierna doncella la alegría mas pura, considerando que el Señor quiso valerse de ella como instrumento para salvar aquellas almas, y aumentó su valor para resistir á los tormentos á que desde luego fué entregada; pues viendo el juez su constancia, la hizo colocar en el potro, tormento que sufrió con muestras de extraordinario júbilo. Quitáronle de aquel suplicio no para concederle descanso, sino para ponerla en otro que juzgó mas terrible, dando con palos furiosos

*Sa. Dorotea Vírgen y Mártir.**S. Romualdo Abad.**S. Juan de Mata.**Sa. Polencia Vírgen y Mártir.*

golpes á su cuerpo maltratado, y abrasando con hachas encendidas sus costados. Cuanto mas la hacian padecer, mas alegre se manifestaba, hasta que cansado el tirano la sentenci6 á ser degollada. Oy6 la Santa esta sentencia y exclam6 llena de regocijo: "Bendito seas, Señor, por la gracia que me haceis de llamarme á vuestro paraíso celestial."

Camin6 para el suplicio y entreg6 contenta su garganta al cuchillo y su alma al Criador, el 6 de Febrero del año 308, cumpliendo poco ántes de morir la promesa que le habia hecho al jóven Te6filo, el cual por burla le pidió, que pues iba á unirse con su esposo le mandase unas flores y manzanas de su jardín.

La Epístola es del capítulo LI del libro de la Sabiduría (Eclesiástico.)

Señor, Dios mio, tú ensalzaste mi casa sobre la tierra, y yo te supliqué que me librases de la muerte, que todo lo disuelve. Invoqué al Señor, Padre de mi Señor, que no me desamparase en el tiempo de mi tribulacion y mientras dominasen los soberbios. Alabaré sin cesar tu nombre, y le celebraré con acciones de gracias; pues fué oída mi oracion, y me libriste de la perdicion, y me sacaste á salvo en el tiempo calamitoso. Por tanto, Señor Dios nuestro, te glorificaré y te cantaré alabanzas.

El Evangelio es del capítulo XIII de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que si se lo halla un hombre, lo encubre, y gozoso del hallazgo, va y vende todo cuanto tiene, y compra aquel campo. Es asimismo semejante el reino de los cielos al comerciante que trata en piedras preciosas; y viniéndole á las manos una de gran valor, va y vende todo cuanto tiene, y la compra. Tambien es semejante el reino de los cielos á una red que echada en el mar coge todo género de peces, la cual estando llena, sácanla los pescadores y sentados en la orilla van escogiendo los buenos, y los meten en sus cestos, y arrojan los de mala calidad. Así sucederá al fin del siglo: saldrán los ángeles y separarán á los malos de entre los justos; y arrojaránlos en el horno de fuego; allí será el llanto y el crugir de dientes. ¿Habeis entendido bien todas estas cosas? Si Señor, le respondieron. Y él añadió: Por eso todo doctor instruido en lo que mira al reino

de los cielos es semejante á un padre de familias que va sacando de su repuesto cosas nuevas y cosas antiguas.

MEDITACION.

Sobre el bien inestimable que encierra nuestra fé.

Considera que, como dijo Cristo, es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que si se lo halla un hombre, lo encubre, y gózoso del hallazgo va y vende todo cuanto tiene y compra aquel campo. Llámase tesoro, porque contiene en sí una riqueza inestimable: en él se encuentran los desigmos de la Providencia para el bien de los hombres; la vocacion de estos á su solitud y á su logro; bienes inestimables de gracia y bendicion, para justificacion y mérito en la tierra, y para gozo eterno é inefable en los cielos; medios poderosísimos y eficacisimos para adquirirlos y conservarse en ellos; un Dios hecho el gran medio de santificacion y salvacion; su palabra divina que da vida á los hombres; una gracia santificante que da derecho á la salvacion eterna; una virtud sublime, que muda al hombre de hijo de Adan, y tal vez de hijo de Belial, en hijo de Dios, ¿qué mas? Es imposible, realmente imposible, registrar todas las preciosidades de este riquísimo tesoro: baste saber que el Hijo de Dios, cuya sabiduria es divina, increada, infinita, nos asegura que es tan sumamente estimable, que merece bien el sacrificio de todo cuanto somos y tenemos, por adquirirlo y disfrutarlo; y que por mucho que demos, es nada, y se nos da de gracia.

Considera que este tesoro está escondido, no porque de suyo no está muy manifesto, sino porque le roban á nuestra vista nuestra terrenalidad, nuestra corrupcion, nuestra torpe ignorancia, nuestra negligencia, nuestra obstinacion en la culpa. ¡Fatal ocultacion, y casi irremediable, pues depende, no de un Dios liberal y generoso, misericordioso y amante, que nos le pone en nuestras manos, sino de la malicia y el endurecimiento de un corazon ingrato, que no estima la dádiva excelente con que se le ha regalado: de la voluntaria ceguedad de un hombre que cierra los ojos á la luz de la fé, para no entender lo que le anuncia y obrar libremente; para no ver su vida que tiene pendiente delante de sus ojos, y buscar su exterminio y perdicion. ¿Cómo, pues, podrá hallar este tesoro? ¿Cómo vencer esta funesta ocultacion que se le roba de la vista, por la interpo-

sicion de un muro impenetrable de iniquidad y de pecado, que cada día hace con nuevas culpas mas espeso y tenebroso? No así para la invicta Dorotea, que hallando en este tesoro las preciosísimas palmas de la virginidad y del martirio, supo comprarlas al precio de su sangre y de su vida.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Haz, Dios mio, que yo imite esta generosa resolusion: aparta de mi corazon todo lo que puede apartarme de tí, que eres el sumo bien, el tesoro escondido á tus enemigos y manifesto á tus amigos: abre mis ojos al conocimiento de este bien inestimable, y mi corazon al anheloso empeño de solicitarlo y adquirirlo: que yo no quiero ya otro bien ni otro tesoro que vos mismo.

JACULATORIA.

Apartad, Señor, mis ojos, para que no vean la vanidad del mundo, y abridlos para que siempre vean vuestra verdad.

LECCION.

Concluye la anterior sobre la esencia de la Encarnacion del Divino Verbo.

Concluimos nuestra compendiosa disertacion sobre la esencia misma de la Encarnacion, para pasar en la leccion siguiente á tratar sobre su causa moral y fisica. Acerca de lo primero, son varios los puntos que hemos de tocar, comenzando por el exámen de si la union de la divinidad con la humanidad es sustancial. El Angélico Doctor Santo Tomas, que es nuestra guia en estas tan delicadas y sutiles materias, responde, que esta union no es accidental, como si de muchos entes completos que gozaron de su propio ser resultara por accidente un agregado ó todo; que este es el error de Nestorio: ni tampoco esencial, como si de muchos resultara una única esencia ó naturaleza, como queria Eutyches, sino que es sustancial, y tomada la sustancia, no por esencia, como algunas veces se toma, sino por subsistencia é hipóstasis ó supuesto. Pero como hay entre los autores quien diga que á lo ménos predicable y lógicamente se puede decir esta union accidental, es de necesidad rebatirlo, asentando: Que la union de la naturaleza humana con el Verbo de ninguna manera es accidental, sino absolutamente sustancial.

Ya se deja entender que lo predicable se versa acerca de los accidentes que revisten al ente, como los considera la lógica, y lo predicamental acerca de las entidades físicas ó accidentales que cualifican al ente, como los considera la física. La primera registra en el ente ó sujeto su género, su especie, diferencia, individuo y propio. La segunda considera la sustancia, cantidad, cualidad, relación, acción, pasión, lugar, tiempo, situación y hábito. Con esta explicación ya está en claro la preocupación que pudo padecer aquel autor, porque ni de una ni de otra clase puede decirse de la humanidad que es accidente del Verbo, y por consiguiente ni su unión accidental predicable y lógicamente; pues en cuanto á la primera, aunque la humanidad le venga al Verbo como á un ente completo y sea fuera de su esencia; sin embargo, como quiera que es traída á la comunión ó participación de su mismo ser sustancial, no puede decirse accidente lógico, respecto de él, ni predicarse de él accidentalmente. Tampoco en cuanto á la segunda, pues ni las naturalezas unidas, ni el supuesto en que se unen, ni el compuesto mismo son accidentes, sino verdaderas sustancias.

Ni vale decir que hay sustancias que se unen accidentalmente: porque cuando tal sucede, no se dice ó explica su unión por modo de sustancia, sino por modo de accidente, como por ejemplo, del hombre cubierto con un ropaje, no se dice que es ropaje, sino que está vestido de él; pero no es así en la unión del Verbo con la naturaleza humana; porque verdadera y católicamente se dice que Dios es hombre y el hombre es Dios; y así es que la humanidad se predica del Verbo por medio de sustancia, no de accidente. Luego la unión del Verbo y la naturaleza humana es absolutamente sustancial.

Pero aun hay otro punto que conviene tratar, y es acerca de averiguar si la unión hipostática es la mayor de todas. Para cuya solución decimos, que si la unión hipostática se considera de parte de las sustancias que se unen, no es la mayor, porque la unión de los extremos es tanto menor cuanto mas distan entre sí los extremos, y los extremos que se juntan en esta unión distan infinitamente. Pero si se considera de parte de aquel en quien se unen, es entre las uniones criadas la máxima, porque tanto mayor es la unión en tanto el medio en quien se juntan los extremos es mas simple, y ménos se aparta de los extremos unidos: la persona del Verbo, que es medio en esta unión, es Ser simplicísimo y máximamente uno;

y con el un extremo, que es la naturaleza divina, es realmente uno y mismo: con el otro extremo que es la humanidad, está íntima y sustancialmente unido, de tal modo que le comunica su ser, su unidad y su subsistencia; luego esta unión es la máxima de todas, y tanto, que tiene el segundo lugar despues de la Trinidad. "Entre todas las cosas que rectamente se dicen *uno*, tiene el primer lugar la unidad de la Trinidad, en la que tres personas son una sustancia: en segundo lugar está aquella, en que por la inversa, tres sustancias son en Cristo una persona." Así se explica el Padre y Doctor de la Iglesia San Bernardo.

Se hace asimismo conveniente decir algo acerca de la unión del alma y cuerpo de Cristo entre sí. Queriendo evitar el error de Nestorio, algunos dieron en el de creer que la carne y alma de Cristo no habian sido entre sí unidas como partes, porque juzgaban que de tal unión habia de resultar necesariamente persona creada, no entendiendo ó no queriendo entender que esta personalidad criada se impidió por la asunción y unión de la humanidad al Verbo que suple en ella las veces de subsistencia creada, trayéndola á la comunión ó participación de su mismo ser sustancial en el instante mismo de la creación del alma y producción del cuerpo. Contra estos, pues, que cayeron en aquel error, decimos con el Angélico Doctor, que es de fé que en Cristo su alma está unida á su cuerpo: lo primero, porque el cuerpo de Cristo es animado: así lo canta la Iglesia en la fiesta de la Circuncisión; donde dice que el Verbo, "tomando un cuerpo animado, se dignó nacer de una Virgen," y no puede decirse cuerpo animado aquel á que no está unida el alma. Lo segundo, porque es cierto de fé que Cristo es de la misma especie que los hombres todos; y la unión de alma y cuerpo pertenece á la razón de la especie humana. Lo tercero, porque es tambien de fé que Cristo es hombre concebido y nacido; y el término de la concepción y generación humana es el compuesto de cuerpo y alma. Es pues indudable que el alma de Cristo está unida á su cuerpo.

Pregúntase tambien ¿si la unión hipostática ha sido hecha por gracia? Y se responde, que si por *gracia* se entiende algun don habitual inherente al alma ó humanidad, mediante el cual hubiera sido hecha la Encarnación, no ha sido hecha por gracia; mas si por *gracia* se entiende la gratuita voluntad de Dios, cierto es que la Encarnación fué hecha por gracia como causa eficiente. Finalmente, si por *gracia* se entiende un don gratuito de Dios, en este senti-

do es máxima gracia, como concedida sin haber precedido ningunos méritos.

Pregúntese, finalmente, ¿si la gracia de la union es natural á Cristo hombre? Responde Santo Tomas, que la gracia de la union, ya se entienda la misma union sustancial, ó ya la gracia habitual, no es natural, en el sentido de ser causada por los principios de la naturaleza humana; pero que puede decirse natural en otros dos sentidos: en el primero, por cuanto fué conferido á la humanidad desde el principio de la concepcion con la misma naturaleza. En el segundo, porque es causada por la naturaleza divina, que es naturaleza de Cristo. Pero en sí mismas consideradas, tanto la gracia de la union como la gracia habitual, son cosa sobrenatural.

Cerraremos esta materia con la explicacion de la distincion que se advierte entre la *asumpcion* de la humanidad y su *union* al Verbo. Distínguese ciertamente la *union* tomada por relacion (que es el respecto, órden ó enlace que tiene una cosa con otra) de la *asumpcion*, como que esta es *accion*; pues no significa otra cosa que *tomar para sí*. Diferenciase tambien de la *asumpcion* la *union*, tomada por accion que une, porque la union importa solo conjuncion de los extremos; pero la *asumpcion* importa en el que asume, esto es, toma para sí habitud ó tendencia de término, al cual se eleva y conduce la cosa asumida ó tomada. De donde es, que toda *asumpcion* es union; mas no toda union *asumpcion*. Así es que el Padre y el Espíritu Santo se dicen unir, pero no asumir. Ademas, la union importa relacion de equiparacion, esto es, de cotejo ó comparacion, y denomina igualmente uno y otro extremo, y así es que se dice de la humanidad igualmente que de la divinidad el que esté unida. Mas no así la *asumpcion*, la cual, como quiera que es *accion* del que asume ó toma parte para sí, al un extremo que es el agente, lo denomina *asumente*, esto es, que toma para sí; pero al otro extremo que es el paciente, lo denomina ó nombra *asumpto*, es decir, tomado. Véñese con esto claramente las diferencias que hay entre la *union* y la *asumpcion*, y con esto tambien terminamos lo que nos ha parecido bien decir, aunque compendiosamente, acerca de la esencia misma de la Encarnacion; en lo que ha sido indispensable usar de muchos términos propios de la materia, por no esponernos á un error, que seria muy fácil, por buscar diversos modos ó expresiones con quearnos á entender con mas claridad; pues como nota Jacquier, de la equivocacion de los términos han nacido muchos errores aun heréticos.

DIA SIETE.

San Romualdo, abad.

HACIA el año de 956, nació Romualdo en Ravena, siendo sus padres los duques de este título. Su primera educacion fué muy descurrida; pero Dios, sirviéndose de la inclinacion que nuestro jóven tenia á la caza, principió á inspirarle poco á poco el amor de la soledad. Cuando ya tenía veinte años, hizo su padre lo acompañase á un desafio que tuvo con un pariente suyo, el que quedó muerto en el campo, lo que sintió tanto Romualdo, que no obstante haber sido únicamente testigo y no tener otra culpa, se retiró al monasterio de San Apolinario, cercano á Roma, á hacer penitencia, sin pensar en permanecer en él para siempre. Pero habiendo sido su corazon conmovido por las exhortaciones de un religioso lego, y la vision que tuvo del referido Santo titular del monasterio, pidió el hábito, que aunque con dificultad, por temor de su padre, al fin lo consiguió por una órden expresa del arzobispo, y recibido por los monjes, subsistió en el convento entregado á todas las austeridades de su estado; mas á consecuencia de una violenta persecucion que le buscó su fervor, de algunos relajados de sus conventuales, se trasladó á los dominios de Venecia, á un desierto en que se puso bajo la direccion de un santo ermitaño llamado Marino, hombre sencillo y severo, que le ministró bastante materia en que ejercitar la humildad, paciencia y mortificacion.

Por aquel tiempo Pedro Urseolo, dux de Venecia, por consejo del abad Guerino, de nuestro Santo y de su maestro, determinó abandonar su puesto y sujetarse á una vida de obediencia, á cuyo efecto, en compañía de tres de sus consejeros y otros dos nobles sus amigos, salió de la capital secretamente, encaminándose á una abadía de Francia, en la cual quedó bajo la conducta de Guerino, y Marino y Romualdo se establecieron en un desierto inmediato. Allí comenzó aquel á conocer la santidad y humildad de su discípulo, que jamas se quejaba de los malos tratamientos que le hacian sufrir, antes bien en una ocasion que repetia los golpes en la oreja, con que castigaba sus involuntarios yerros, le dijo humildemente que si le acomodaba, lo hiciese en la otra, pues iba ya perdiendo el oido de ese lado. Tantas pruebas le ganaron la consideracion de su maestro, en términos que habiendo venido muchas personas á reunirse

con estos siervos de Dios, Romualdo tuvo que aceptar el cargo de dirigirlos.

El retiro, el ayuno, la oración y el trabajo de nuestro Santo, eran extraordinarios, así como su celo, su discreción y penitencia; pero singularmente resplandeció en él un don de persuasión para convertir á los grandes de la tierra, del que se sirvió con su mismo padre, pues habiéndose éste retirado al monasterio de San Severo, cediendo á la tentación, se hallaba ya resuelto á abandonarlo, cuando sabiéndolo Romualdo, descalzo y con solo su báculo, partió á Ravenna, se le presentó, y hablándole con una superioridad asombrosa, lo redujo á los sentimientos penitentes que lo habían movido á abrazar aquél género de vida, y á que perseverase en ella, como lo hizo, hasta su muerte.

Las heroicas virtudes de nuestro Santo debían ser probadas en la tribulación, la que no faltó, tanto de parte del demonio con terribísimas tentaciones, como de algunos monges rebeldes á su zelo por la regularidad religiosa, como le sucedió en el monasterio de Bani, que pasó á gobernar desde el bosque de San Martín, donde había reunido en unas celdillas varios discípulos, y el de Clace, que lo obligaron á aceptar el emperador Oton III y el arzobispo de Ravenna, después de haber habitado en las soledades del lago Comacchio, de las faldas del monte Apenino y de la isla de Perea, en las que se había ocultado á los ojos de todo el mundo, procurando, aunque en vano, dejases de buscarlo muchas personas, unas atraídas por la fama de su santidad, y no pocas deseosas de ponerse bajo su dirección.

El cielo recompensaba sus fatigas con las conversiones señaladas de algunos personajes, como la del conde de Olivan y otro sugeto distinguido de Alemania, que abrazaron por su consejo el estado monástico, no menos que con la eficacia que dió á sus palabras, según lo experimentó la ciudad de Tivoli, reconciliada por su medio con su monarca á quien había ofendido, y con el celo apostólico que lo hizo tan respetable, de lo que tenemos un ejemplar en el mismo soberano que se acaba de mencionar, al que persuadió á hacer pública penitencia por el delito de haber quitado la vida, faltando á la fé de su palabra, al senador Crescencio.

Fundó después un monasterio en Parezo, y encargando de su gobierno á un abad de su satisfacción, se encerró en él por tres años, disfrutando en paz de las mas abundantes gracias del cielo, entre

ellas, la perfecta inteligencia de la Sagrada Escritura y los dones de profecía y lágrimas. De este retiro tuvo que salir para fundar otro monasterio en Orvieto, donde noticioso del martirio de su discípulo San Bonifacio, apóstol de Rusia, deseando también igual dicha, resolvió pasar á Hungría; pero cayendo de una enfermedad, se vió obligado á regresar á Orvieto y después á la cima del monte Sytria, en cuyo espacio de tiempo compuso una exposición de los Salmos.

Pero la mas célebre de la multitud de fundaciones hechas por nuestro Santo, es la de Camalduli de Toscana en los valles del monte Apenino. Quedóse un día dormido cerca de un manantial, y se le representó en el sueño una escala fijada en la tierra que tocaba con su extremidad al cielo, por la cual subían sus religiosos vestidos de blanco. Juzgando misteriosa la vision, eligió á algunos de sus discípulos, vistiéndolos de ese color, y dándoles nuevas constituciones, erigió la religion camaldulense, que por mas de seis siglos ha conservado su fervor y dado muchos Santos á la Iglesia.

Conociendo el Santo se acercaba su muerte, se retiró al monasterio de Valde-Castro, en que veinte años ántes había profetizado morir, y se encerró en una celdilla para guardar el resto de sus dias el mas exacto y riguroso silencio. A pesar de haberse agravado sus males, no admitió mas cama que el suelo, ni se dispensó de sus ayunos y demas austeridades, hasta el dia en que, instruido de que iban á tener fin sus trabajos, ordenó á los dos monges que lo asistían saliesen de su celda y no volviesen hasta la mañana siguiente. Conjeturaron ellos lo que podía ser, y se quedaron junto á la puerta dejando al Santo en oración; mas pasado algun tiempo, no oyendo sus acostumbrados suspiros, entraron y lo hallaron que acababa de expirar, teniendo entónces de edad ochenta años. Los repetidos milagros que obró vivo y muerto, hicieron obtener de sus monges licencia para erigir sobre su sepulcro un altar, á los cinco años de su muerte; su cuerpo se halló sano y entero, y en el año de 1032 se celebró solemnemente su fiesta el dia del aniversario de su glorioso tránsito. En 1466 volvió á hallarse su santo cuerpo en el mismo estado, y el papa Clemente VIII destinó para su solemnidad el 7 de Febrero, dia de su primera traslación.

La Epistola es del capítulo XLV del libro de la Sabiduría (Eclesiástico).

Fué amado de Dios y de los hombres, y su memoria se conserva en bendición. Hizole el Señor semejante en la gloria á los Santos,

y engrandecióle, é hizole terrible á los enemigos; y él con su palabra hizo cesar las horrendas plagas. Glorificóle en presencia de los reyes, dióle preceptos que promulgase á su pueblo, y le mostró su gloria. Santificóle por medio de su fé y mansedumbre, y escogióle entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, é hizole entrar en la nube, donde cara á cara le dió los mandamientos y la ley de vida y de ciencia.

El Evangelio es del capítulo XIX de San Mateo, pág. 163.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesus: Bien ves, &c.

MEDITACION.

Sobre la excelencia de la vida monástica.

Considera que por dos principios es, y se puede llamar de suma excelencia, la vida monástica. El primero, porque enseña al hombre y lo acostumbra á vivir siempre de la fé. El segundo, porque lo hace morir á sí mismo para vivir siempre para Dios. El desórden que introducen las pasiones en el interior de un hombre que no las doma para gobernarse por la razon, produce aquella deformidad que se advierte en su conducta, por la irregularidad de sus acciones, que desviadas del sendero de la razon, lo hacen semejante á un barco, que impelido de los vientos, pierde su rumbo, y á merced de ellos, flota en diversas direcciones, expuesto á parecer á cada instante y sin poder tocar en el puerto de su destino. Pues he aquí, que este gran mal, esta notable deformidad evita y corrige la vida monástica, con tanta mas ventaja y perfeccion, cuanto que no la rige solo la razon humana, sino la razon divina conocida por la fé. Desprendido el monge de su propio juicio y propia voluntad, se consagra esclusivamente á vivir bajo de una obediencia ciega y absoluta de la voluntad divina, expresada en sus reglas y en la disposicion de su prelado, á mas de los preceptos generales de la ley y de las reglas de perfeccion que sigue como norma de su conducta. Esta suma de bondad moral forma el empleo de su vida, y como toda ella se dirige á hacerle señor de sí mismo para vivir siempre segun la sabiduría y bondad de Dios, se sigue necesariamente que su vida es de suma excelencia, digna de estar escondida con Cristo en Dios, como se explica el Apóstol.

Considera que á esta vida da el lleno y perfeccion la constante y absoluta mortificacion interior, y la maceracion exterior bajo que vive el monge. Sin ellas le seria imposible tocar á aquel grado de perfeccion, supuesto que esta no es imaginaria ó un ente de razon, sino el resultado real y efectivo de esta misma mortificacion interior y maceracion exterior, que verdaderamente hacen que el hombre muera á sí mismo para vivir solo para Dios. Apenas hay cosa de que se tenga una experiencia tan conocida y acreditada como de esta verdad. ¿Qué es sino esta muerte mística y esta absoluta obediencia, lo que ha formado esos hombres admirables, esos ángeles en carne, esas vivas imágenes de la bondad de Dios? Jamas produjo la filosofia, ni producirá en todos los siglos y entre todas las naciones, unos seres semejantes; y los produce la vida monástica, exactamente observada, para admiracion de los hombres, gloria y alabanza de Dios.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Si, Santísimo Jesus, gran maestro de perfeccion, ejemplar divino y regla indefectible del bien obrar; digno eres de eterna alabanza por haber fundado este estado de perfeccion, que sacando á los hombres de la comun miseria, los eleva hácia tí y los diviniza con la semejanza de tu rostro de santificacion que se stampa en ellos. Dame, Señor, una gracia semejante, para que despojándome del hombre viejo, me halle revestido de tí, que eres el Hombre nuevo, resplandor de la gloria del Padre, plena y perfecta imagen de su bondad.

JACULATORIA.

Vivo yo; mas no yo: vive en mí Jesucristo.

LECCION.

Sobre la causa moral de la Encarnacion.

Inquirir cuál haya sido la causa moral de la Encarnacion del Divino Verbo, no es otra cosa que averiguar si el mismo hecho hombre, es decir, si Cristo mereció ó pudo merecer de condigno ó de congruo su Encarnacion, y si los antiguos Santos Padres, ya que no el corrompido linage en su comun, pudieron merecerla en alguno de los modos dichos. A una y otra cuestion satisfarémos, advirtiendo ántes que el mérito se puede considerar en abstracto, y así es un

derecho ó accion al premio; ó en concreto, y entónces es una obra digna de premio ó retribucion. Mas suele distinguirse en mérito de condigno y mérito de congruo. El de condigno es aquel que tiene condignidad ó proporcion con su premio, y por tanto es del mismo orden con él. El de congruo es aquel que no tiene igualdad de proporcion con el premio, sino que es de inferior orden; aunque es cierta conveniencia ó cierta decencia para que se le confiera aqual premio, y se funda en la amistad, y en la obra gratuita que procede del amigo.

Hecha esta advertencia acerca del mérito, conviene notar igualmente como cierto de fé, que la humanidad de Cristo no mereció la union hipostática por méritos que la antecedieran en tiempo, porque la humanidad no existió ni un instante real ántes de la union, sino que en el mismo instante real fué criada y unida al Verbo, como está definido en los concilios Efesino, Calcedonense y otros, contra los heresiarcas Nestorio y Fotino.

Mas si la humanidad de Cristo hubiera existido en sí con la gracia habitual ántes en tiempo que fuera unida al Verbo, hubiera podido merecer la Encarnacion; pero no de condigno, porque como sus obras no hubieran procedido de un supuesto infinito, sino criado, en este caso que fingimos no hubieran sido del mismo orden con la Encarnacion, que es obra de infinita dignidad. La hubiera, pues, merecido de congruo, porque para el mérito de congruo no se requiere igualdad al premio, sino que basta la amistad con Dios. Pero vengamos ya á la cuestion.

Esta es: ¿Si la humanidad, como conjunta al Verbo, es decir, si Cristo mereció ó pudo merecer su Encarnacion por obras precedentes ó subsecuentes á ella, en el orden de la naturaleza? Convienen bien los teólogos en que Cristo no mereció su realidad, pero ni aun pudo merecer de ley ordinaria su Encarnacion. Mas algunos sostienen que pudo á lo ménos de potencia absoluta merecerla, mucho mas por las obras que la subsiguieron, en cuanto que Dios hubiera decretado la Encarnacion en atencion á los futuros méritos de Cristo.

Esta opinion, sostenida á la verdad con sutileza y suposiciones gratuitas, mas que con autoridades ni razones de peso, está bastantemente contestada por la escuela de Santo Tomas, con solo demostrar lo implicatorio de sus consecuencias; pues de aquí se seguirá que este mérito que se supone, seria causa y efecto en el mismo género de causa eficiente, es decir, de causa que obra y produce, que

seria causa de sí mismo, porque seria causa de su principio formal: que la Encarnacion seria causa y efecto juntamente, principio y principiado, anterior y posterior á sí misma; cosas todas que implican; pues el mérito es causa eficiente del premio, porque hace al hombre digno de premio, y se tiene para el premio como medio para el fin y camino para el término; y por tanto se considera existente ántes que el premio. Si pues el principio del mérito fuera causado por el mérito, el mismo seria causa eficiente y efecto en el mismo género; el mismo existiria ántes y despues de sí propio, primero como causante y despues como causado. La Encarnacion, ó lo que es lo mismo, la persona del Verbo comunicada á la humanidad, es principio eficiente y formal de todo el mérito de Cristo: eficiente, porque ninguna operacion de Cristo puede concebirse sino como procedente del supuesto, como quiera que las acciones sean de los supuestos ó personas, y primero es ser que obrar; y principio tambien formal, porque todo el valor de aquellas operaciones es de la persona divina, como de principio formal que los valoriza y dignifica. Fuera de que primero debió ser, segun nuestro modo de concebir, decretada la Encarnacion que decretadas las obras que se suponen haberla merecido. Cristo comienza á ser en tiempo por la Encarnacion, y despues que existe obra: luego ni mereció ni pudo merecer su Encarnacion, que es necesario suponer ya hecha, para concebir, no solo que obre meritoriamente, pero aun que exista.

Por la misma razon se sostiene que Cristo no mereció las circunstancias que precedieron ó acompañaron á la Encarnacion, ó que en algun género son causas ó principios de las sustancias de la Encarnacion puesta en ejecucion, ó que la acompañan necesariamente, como el ser concebido por obra del Espíritu Santo de la Virgen Maria, porque esto influyó en la Encarnacion misma, por la que Cristo empezó á ser, y por consiguiente á merecer. Pero sí mereció aquellas circunstancias de su Encarnacion que no influyen en ella ni las acompañan necesariamente, como la prediccion de los profetas, la anunciacion por el ángel, y probablemente la virginidad de su Madre, porque estas circunstancias no son causas ó principios de mérito, ni de ellas depende el mérito de Cristo; al contrario, de la Encarnacion misma, de la cual sí depende, como vimos ántes, el mérito de Cristo.

Mereció, finalmente, las circunstancias consiguientes á la Encarnacion, como las alabanzas de los ángeles, la adoracion de los pas-

tores y de los magos, la aparición de la estrella, el ser Juez del mundo, Institutor de los sacramentos, &c., porque estas no se requieren por su mérito, ni se tienen de parte del principio de merecer, sino que le siguen.

En cuanto á la continuacion de la Encarnacion, es comun en los teólogos, contra Suarez y otros pocos, que Cristo no la mereció, es decir, que no fué continuada á virtud de los méritos de Cristo, cuya explicacion hacemos, porque no entiendan las personas indoctas, que cuando decimos que Cristo no mereció queremos decir que no fué digno de ello; no, muy al contrario, pues bien sabemos y deben entender, que en el Apocalipsis está escrito que: *Digno es el Cordero que fué muerto*, de recibir la *virtud y la divinidad*. Queremos, pues, decir que aquello lo obró Dios por su gratuita voluntad, y no obligado por los méritos de Cristo. Hecha esta advertencia, damos la razon de por qué no mereció Cristo la continuacion de su Encarnacion; y es porque la continuacion de la Encarnacion es la misma accion indivisible con que fué comenzada, pues no se continúa al modo de las cosas sucesivas ó divisibles, por la añadidura de algo, como parte, grado, auxilio, &c., sino que es toda juntamente y se mide por duracion del todo indivisible; es á saber, por la eternidad participada, como inmutable y permanente. Si pues es una accion indivisible de la misma Encarnacion, y esta no se efectuó por su mérito, luego tampoco su continuacion.

Véamos por último brevemente, si los Santos Padres del Antiguo Testamento merecieron ó pudieron merecer de condigno el que encarnara el Divino Verbo, ó las circunstancias intrínsecas de la Encarnacion. Respondemos desde luego que no, con la comun sentencia de los teólogos, que está por la negativa, y es cierta. La razon es, porque el mérito de condigno debe igualarse con el premio en valor y virtud, lo que no podia darse en los antiguos Padres, porque su mérito como procedente de supuestos ó personas finitas, era finito, y por consiguiente desigual é inferior infinitamente al premio que era de valor infinito. Así es que este se nos declara en la Escritura como una obra de misericordia puramente. *Apareció*, dice San Pablo, *la benignidad y humanidad de nuestro Salvador Dios: no por las obras de justicia que hicimos nosotros, sino segun su misericordia nos hizo salvos*. Y Zacarias, padre del Bautista, habia dicho inspirado del Espiritu Santo, que *el que nace de lo alto*, ó acaso mas propiamente, segun los intérpretes, *que el Oriente*, que

es nombre propio del Mesias, y voz hebrea que significa vástago ó pimpollo, *que este*, en fin, *que habia venido á dar la ciencia de la salvacion á su pueblo, nos visitó por las entrañas de misericordia de nuestro Dios*. ¿Con qué expresiones, pues, mas claras y terminantes se nos puede declarar lo gratuito, voluntario y libre de este beneficio de infinito valor que el Señor quiso hacernos?

Los teólogos, no obstante, reconocen en los antiguos Santos Padres el mérito de *congruo* para que encarnara el Divino Verbo; pero este no es mas de lo que suena, esto es, que era conveniente que Dios oyera, es decir, atendiera á los deseos y ruegos de aquellos sus amigos que le eran fieles y obedientes, y deseaban y le pedian enviase al *Deseado de las naciones*, al *Mesias*, que era la *expectacion* de los pueblos. Pero aun en la acepcion de este mérito tan desigual é inferior al premio, varian los teólogos que sostienen diversas opiniones, en cuyo exámen no entraremos; pues no siendo (como no es) de *condigno*, nos deja en la misma sentencia que hemos apuntado, y es que la obra de la Encarnacion se hizo por la gratuita voluntad de Dios que quiso usar con nosotros de sus misericordias.

DIA OCHO.

San Juan de Mata.

Tuvo San Juan por patria á Falcon en la Provenza, y nació el año de 1160. Fué de muy distinguida familia por su nobleza y piedad cristiana, la que procuraron inspirarle desde sus primeros años, dedicándolo con voto á la Santísima Virgen Maria. No se vieron en él los defectos é imperfecciones de la infancia: su genio dulce lo inclinaba á la virtud: su modestia y su candor manifestaban claramente su inocencia, su diversion era la oracion, su recreo la lectura de libros piadosos y la penitencia su ejercicio. Hizo progresos en la gramática, equitacion, esgrima y demas habilidades propias de su clase, pero mucho mas en la ciencia de los Santos. El dinero que sus padres le enviaban para sus gastos lo invertia en los pobres y en los enfermos, á los cuales visitaba en los hospitales todos los viernes.

Concluidos sus estudios volvió á la casa de su padre, para no trabajar sino en su santificacion. Consiguió facilmente licencia para retirarse á una ermita cercana á su patria; pero interrumpiendo su